



LA VOLUNTAS UT NATURA

Antonio Rovi (Málaga)

La voluntad humana ha sido una de las dimensiones del hombre que más dificultades filosóficas ha mostrado a lo largo de la historia, quizá por su tradición metafísica, quizá por el miedo a la oscuridad que el propio término encierra. Para empezar, hemos de tener en cuenta que en la Grecia Antigua, los filósofos entendían la voluntad como un deseo. Esto resultaba algo peyorativo debido al carácter oréctico que poseía el término voluntad. Debemos esperar hasta el medievo para que la voluntad sea considerada como una dimensión del hombre digna de un estudio filosófico completo. En esta época, la voluntad fue tratada como una espontaneidad, lo que hay de fondo en todo esto, es tratar de interpretar la voluntad como emanación divina, puesto que supone un grave problema aceptar que nos encontramos encadenados a la voluntad. Por ello, la voluntad debe ser considerada como un acto libre de lo más intrínseco humano. Para ello, podemos recurrir a la famosa frase de Spinoza de “las acciones del alma brotan de la idea adecuada”. Esto formula perfectamente lo que se entendía por voluntad a partir de una acción que emana del principio constitutivo del hombre. Leonardo Polo no acepta esta afirmación, dado que define la espontaneidad, “como una fuerza que no obedece a nada, que no está condicionada por nada, porque se desencadena de suyo” (Polo 2005: 94). De esta afirmación, deduce Polo, que si se desencadena de suyo, sería un acto oscuro, un acto que no es acto. El problema que aquí viene dado es que la *Voluntas Ut Natura* no media con la razón, sino que se dispara por sus propios principios y no podemos dilucidar cuales son. Por ello, introduce la voluntad como una potencia. De aquí, podemos considerar, que, efectivamente, la voluntad es una potencia, puesto que es intencional, tiende siempre hacia algo, y no alcanza su cumplimiento hasta que logra su objetivo y, regularmente, ni así se puede considerar que esté satisfecha.

El problema principal a la hora de profundizar en la voluntad, es que podemos interrogarla en su acción, pero no podemos indagar en su génesis. Esta oscuridad viene dada a las limitaciones intelectuales del hombre, Polo afirma que la voluntad es curva, quasi reflexiva y solo nuestro límite de introspección nos impide alcanzar la profundidad de la voluntad. Es conocido que la voluntad se conoce a sí misma, Polo así lo demuestra cuando establece la terna “querer-querer-más” (Polo 2003). Donde la

voluntad es un querer, pero no se limita a querer, sino que lo peligroso y lo realmente oscuro de la voluntad es que se conoce a sí misma, y este conocimiento de sí misma le permite el progreso y la aspiración a más. El principio del esquema donde se establece el “querer-querer” demuestra la reflexividad de la voluntad y el conocimiento que tiene sobre sí misma. Pero este conocimiento se traslada directamente al intelecto mediante su reflexividad, puesto que al ser una dimensión humana y de la índole más intrínseca del hombre, su hacer se manifiesta en el obrar humano. Lo que Polo entiende por un paso no racional, es lo que podemos denominar “necesidad imperiosa”, una necesidad que nace de la voluntad, que como ya he señalado, pertenece a la esencia humana y su génesis es oscura. Esta “necesidad imperiosa” se manifiesta en lo más profundo de nuestra interioridad como una orden a obedecer, el hecho de que Polo manifieste que “se hace cargo de algo no sujeto a argumentaciones racionales” (Polo 2005: 97) se debe a que es una orden directa que va más allá del proceso racional. Efectivamente, la voluntad, así se transforma en una pasión, algo que padecemos, ingobernable, un acto voluntario de carácter natural es aquella emanación en forma imperativa que no podemos rechazar y que debemos de obedecer sin apelar a cuestiones racionales, pues somos agentes pasivos de esta. Esto, es lo que se llama *Voluntad Ut Natura*.

Me gustaría ahora recuperar el esquema de “querer-querer-más”, pero centrándome ahora en la segunda parte “querer-más”. Puesto que la voluntad, como potencia humana, se conoce a sí misma, es como un Fausto que no retrocede ante su propio conocimiento, sino que siempre apela a más. Esto tiene consecuencia, le da a la naturaleza humana su sensación de insatisfacción constante, Polo lo defiende como un crecer, como una ayuda a conseguir nuestros propios objetivos, pero es más que eso, es una potencia infinita, insaciable. Cuanto más alimentamos a la voluntad mediante el hábito, más tiende a dispararse hacia su propio perfeccionamiento. Por lo que la voluntad se entiende como oscura si se entiende como acto, pero se entiende como principio constitutivo si se entiende como potencia –como bien señala Polo cuando afirma que cualquier acto voluntario es tendente y, por tanto, se subordina a otro más alto (Polo 2005: 98). La voluntad, por oscura e irreflexiva que nos pueda parecer en principio, no es sino una manifestación de la propia esencia, es imposible paliar las voluntades, lo único que podemos hacer para cercar una voluntad es intentar limitar la libertad –esta idea viene bien argumentada en el *Leviatán* de Hobbes. Pero, ¿qué ocurre cuando la voluntad viene desde la misma esencia de la persona? ¿Cuando la razón, que se encuentra limitada por el cuerpo, no puede retener esa orden imperiosa? Estamos entonces negando la libertad, por supuesto, pero estamos negando una libertad de razón ilimitada, no una libertad humana. Puesto que cuando estamos hablando de la voluntad, estamos hablando de un principio que tiende hacia nuestra propia esencia, una dimensión de la que nuestra esencia se hace eco para cumplir su fin. La voluntad, por tanto, no es un fin en sí mismo, sino que es un medio, un medio para que nuestra naturaleza obtenga su cumplimiento.

Pero esto no afirma entonces que no seamos libres, ni que la razón no lo sea. Es entendido por Polo que lo propio de la esencia humana es el disponer de libertad y, puesto que la voluntad es esclava de la esencia, lo que la voluntad hace es poner de manifiesto ese uso de la libertad. La voluntad es una manifestación más de la libertad humana, la voluntad es libre por su propia naturaleza, esa "orden imperiosa" que es la voluntad, es una orden imperiosa que nos obliga a ser libres, a ser libres de conseguir lo que queremos. Puesto que la voluntad nos hace partícipes de esa libertad, si no hubiera voluntad, todo se acabaría. Estamos acostumbrados en el uso cotidiano del lenguaje a decir "no quiero esto, no quiero lo otro", cuando la formulación correcta debería ser "quiero no hacer esto, quiero no lograr lo otro", puesto que en cuanto negamos nuestra propia voluntad, nuestro propio querer, se acaba nuestra libertad y, por lo tanto, no tendemos hacia nada. Lo que pretendo exponer con todo esto, es que la voluntad no es libre en tanto que posee libre arbitrio, sino que es libre en tanto que es esclava de la libertad, libertad y voluntad van ligadas entre sí, retroalimentándose y reconociéndose por la participación de la una en la otra. Así como nosotros estamos condenados a ser libres, la voluntad también lo está, pues parte del mismo acto constitutivo.

Ahora bien, como "necesidad imperiosa" no es una orden de cumplimiento incómodo, sino una orden de necesidad nacida de lo más íntimo de la persona, toda persona, en tanto que es persona, posee voluntad y posee necesidad de hacer, de verse realizado en la realidad y de objetivar esa voluntad. Porque la voluntad posee un doble cariz: tiende hacia nuestro perfeccionamiento y su propio reconocimiento, pero también tiende hacia fuera, hacia la realidad. Ese cumplimiento se lleva a cabo imponiendo nuestra propia voluntad a la realidad, pues es la voluntad un deseo más fuerte y más radical que lo que la realidad impone al hombre, la voluntad del hombre tiende al conocimiento, tiende a descubrir, tiende a realizarse a sí mismo. La voluntad nos permite orientarnos en esta desorientación radical que es la vida, como bien señaló Ortega y Gasset. Guardarnos nuestra voluntad sería condenarnos a la más triste de las desesperaciones, esto es que lo señala Polo cuando dice que no hay voluntad sola (Polo 2005: 101), sino que la voluntad tiende a enseñarnos quienes somos nosotros mismos, a descubrirnos y a orientarnos. Tanto como seres libres, tanto como seres pasionales que buscan encontrarse a sí mismos ya sea en su objetividad más radical como en su subjetividad más solitaria.

Que la voluntad se conozca a sí misma es un peligro, pero también es un privilegio, puesto que le permite seguir creciendo y a nosotros con ella. En ocasiones, Polo realza las características de la voluntad como que van de suyo y sólo de suyo. Efectivamente, la voluntad va de suyo, pero como necesidad a sí misma, al igual que la voluntad se quiere y se reconoce, también reconoce su propio hacer y su propia tendencia, lo que le permite ser ilimitada y a nosotros ilimitados con ella. Con esto no quiero manifestar que somos todo gracias a la voluntad, pero sí que es una parte importante de nosotros mismos. Las dos dimensiones de la voluntad, tanto la *voluntad*

ut natura como la *voluntas ut ratio*, nos permiten alzarnos como causa de nosotros mismos y hacer de nosotros lo que nuestra esencia exige, tanto impulsiva como racionalmente. Pero la *voluntas ut natura* se puede hasta considerar como la praxis más íntima del ser humano, puesto que esta es infalible y no conduce a engaños, como señala Polo, la “captación de la razón formal de medio no es infalible, la razón práctica se puede equivocar” pero la *voluntas ut natura* trasciende a la razón práctica, no se equivoca, su saberse va tan ligado a la esencia misma del hombre que no puede contradecirse. Cuando hablamos de una contradicción de la voluntad estamos hablando de una pugna entre *voluntas ut natura* y *voluntas ut ratio*. El despliegue de la *voluntas ut natura* es una “necesidad imperiosa”, por lo que no podemos negarnos a su cumplimiento, pero durante su despliegue o, finalmente, cuando llega a su cumplimiento, podemos razonar esa voluntad que ya se ha hecho objetiva. Puede darse el caso y, de hecho se da, en el que la voluntad se niega a sí misma, pero es una negación a distintos niveles, podemos afirmar: “Quiero no querer”, pero esta afirmación parte de que la voluntad más íntima de la persona ya se está ejerciendo, mientras que la racional está tomando parte de esa voluntad.

A modo conclusión, vale la pena reparar en el nacimiento de la voluntad y en su despliegue, no podemos dilucidar el motivo de la voluntad, pues es un hecho, pero podemos entenderla como un despliegue de la esencia que tiende hacia el perfeccionamiento y hacia la constitución de nosotros mismos como persona. La voluntad se reconoce a sí misma, pero nosotros nos reconocemos en ella, tanto subjetiva como objetivamente. Polo señalará “que la voluntad pura es incoherente”, que “es un acompañamiento” (Polo 2005: 101) y, de hecho, es un acompañamiento, pero es más que eso, es mucho más, es lo que nos hace reconocernos a nosotros mismos en el mundo y lo que nos permite hacernos eco de nuestra voz más interna para poder, así, conocer mejor nuestra naturaleza más radical.

Bibliografía

Polo, L. *Antropología trascendental*. Tomo II: *La esencia de la persona humana*, Pamplona, Eunsa, 2003.

Polo, L. *La libertad trascendental*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 178, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005.

^[57] LEONARDO POLO, *Antropología Trascendental I*, Ed. Eunsa, Pamplona, 1999.

^[58] Esas conferencias fueron publicadas en inglés y su traducción al español la realizó Editorial Palabra. Cfr. JACQUES MARITAIN, “La intuición creadora en el arte y la poesía” Ed. Palabra, Madrid 2004. Pienso que puede ser útil también un trabajo que he publicado sobre el tema de la creación artística: LUZ GONZALEZ UMERES, “La creación artística. Una explicación filosófica”, publicado en la serie Cuadernos de Anuario Filosófico, Pamplona 2010.

^[59] El proceso fáctico exige habilidades prácticas bien desarrolladas. El artista debe tenerlas para poder lograr éxito en esta fase decisiva de la creación artística.

^[60] Aunque Maritain no cita el texto de Platón en La República esta fase de inspiración y de trabajo poético le resultaban incómodos para su República. Los poetas caminaban por la polis como poseos, es decir como borrachos, y por ello no eran un buen ejemplo para los ciudadanos, en especial para los niños. No los quería en su República.

^[61] Hay otras dos fases posteriores en la creación artística, de las cuales no trataré en esta ocasión. Maritain las llama el *facere* y el reconocimiento de la obra.

^[62] Polo dice que el *además* equivale al aceptar y al dar creados, op. cit. p. 219

^[63] SAN AGUSTIN, Confesiones III, 6,11. Polo añade una frase aguda: “inspirándose en Agustín de Hipona, también se ha de decir que la réplica que se busca es más íntima a la persona humana que su propio co-existir. Se busca hacia dentro, no hacia fuera, puesto que el intelecto personal no es una luz iluminante, sino una luz transparente.” Leonardo Polo, op cit. p.215.

^[64] Polo dice:” La persona, a la que también llamo el núcleo del saber, es luz en la luz, es decir, la transparencia”. Op.cit. p.223.

^[65] I Corintios, 13,12.

^[66] LEONARDO POLO, op.cit. p.226

^[67] *Ibidem*. P. 226.

^[68] LEONARDO POLO, op. cit. p. 224.